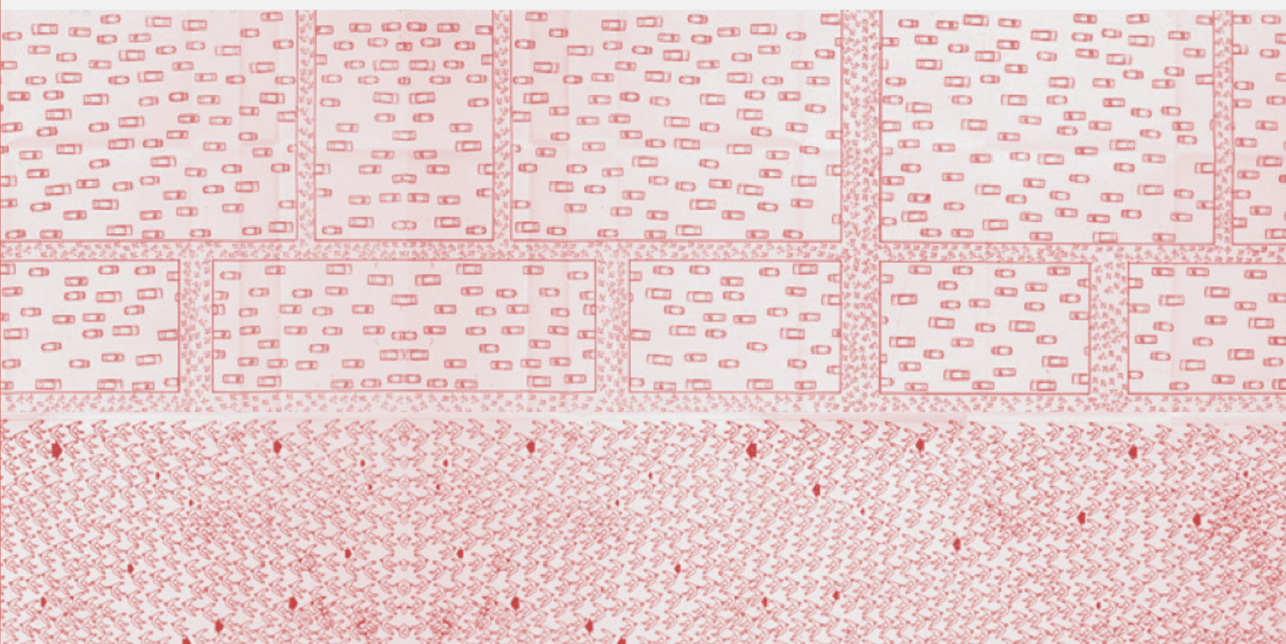


COLECCIÓN CIENCIA Y TECNOLOGÍA



# Desigualdades urbanas en tiempos de crisis



María Mercedes Di Virgilio · Mariano Perelman  
Coordinadores

ediciones UNL



# Desigualdades urbanas en tiempos de crisis

María Mercedes Di Virgilio

Mariano Perelman

Coordinadores

Jorge Blanco • Martín Boy • Walter Brites

María Cristina Cravino • Déborah Daich

María Mercedes Di Virgilio • Lucía Eilbaum

Tomás Guevara • María del Rosario Millán

María Gimena Perret Marino • Mariano Perelman

Brígida Renoldi • Carla Rodríguez

Clara Eugenia Salazar Cruz • Daniela Soldano

Neiva Vieira da Cunha • Sergio Visacovsky

Diego Zenobi

—

Prólogo de Alejandro Casalis

ediciones **UNL** / Flacso

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

**UNIVERSIDAD  
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector

**Enrique Mammarella**

Secretario de Planeamiento  
Institucional y Académico

**Miguel Irigoyen**



Consejo Asesor

Colección Ciencia y Tecnología

**Graciela Barranco**

**Ana María Canal**

**Miguel Irigoyen**

**Luis Quevedo**

**Gustavo Ribero**

**Ivana Tosti**

**Alejandro R. Trombert**

Dirección editorial

**Ivana Tosti**

Coordinación editorial

**María Alejandra Sadrán**

Coordinación diseño

**Alina Hill**

Coordinación comercial

**José Díaz**

Corrección

**María Alejandra Sadrán**

Diagramación interior y tapa

**Verónica Rainaud**

© Ediciones UNL, 2021.

© Flacso, 2021.

—

Sugerencias y comentarios  
[editorial@unl.edu.ar](mailto:editorial@unl.edu.ar)  
[www.unl.edu.ar/editorial](http://www.unl.edu.ar/editorial)

Desigualdades urbanas en tiempos de crisis /  
María Mercedes Di Virgilio... [et al.];  
coordinación general de María Mercedes  
Di Virgilio; Mariano Perelman.

– 1a ed – Santa Fe : Ediciones UNL ; Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Flacso, 2021.  
Libro digital, PDF – (Ciencia y tecnología)

Archivo Digital: descarga y online ISBN  
978-987-749-282-8

1. Sociología. 2. Sociología Urbana.  
3. Políticas Públicas. I. Di Virgilio, María  
Mercedes II. Di Virgilio, María Mercedes,  
coord. III. Perelman, Mariano, coord.  
CDD 320.6

© Jorge Blanco, Martín Boy, Walter Brites,  
María Cristina Cravino, Déborah Daich,  
María Mercedes Di Virgilio, Lucía Eilbaum,  
Tomás Guevara, María del Rosario Millán,  
María Gimena Perret Marino, Mariano  
Perelman, Brígida Renoldi, Carla Rodríguez,  
Clara Eugenia Salazar Cruz, Daniela Soldano,  
Neiva Vieira da Cunha, Sergio Visacovsky,  
Diego Zenobi, 2021.

© del prologoista, Alejandro Casalis, 2021.



# Índice

## **Prólogo**

*Alejandro Casalis / 6*

## **Introducción**

*Mariano Perelman y María Mercedes Di Virgilio / 8*

## **SECCIÓN 1. Puntos de partida en el análisis de las desigualdades urbanas / 18**

### **La dimensión urbana de las desigualdades bajo la lente del acceso a la centralidad y el hábitat en contextos metropolitanos**

*Carla Rodríguez / 19*

## **SECCIÓN 2. Miradas socioantropológicas sobre las crisis, la ciudad y las desigualdades / 32**

### **Las crisis sociales: problemas en torno a la experiencia y narración de la temporalidad y la imaginación del futuro**

*Sergio Visacovsky / 33*

### **Vulnerabilidad(es) y dispositivos en el gobierno de una «tragedia»**

*Diego Zenobi / 55*

## **SECCIÓN 3. Políticas públicas y la producción de desigualdades urbanas / 68**

### **Política pública en la agenda urbana en la era neoliberal**

*Clara Eugenia Salazar Cruz / 69*

### **Políticas públicas y producción de desigualdades urbanas en Río de Janeiro**

*Neiva Vieira da Cunha / 89*

### **Movimientos populares, Nueva Agenda Urbana, Derecho a la Ciudad e integración sociourbana**

*Tomás Guevara / 108*

#### **SECCIÓN 4. Conflictos urbanos y desigualdades / 124**

**El espacio público tironeado: conflictos en torno a la oferta de sexo de travestis en la vía pública. Ciudad de Buenos Aires, 1996–2008**

*Martín Boy / 125*

**¡Marielle presente!: demandas por justicia, violencia institucional y espacio público en Río de Janeiro, Brasil**

*Lucía Eilbaum / 139*

**¿Quién le teme a las trabajadoras sexuales? Género y espacio urbano**

*Déborah Daich / 164*

#### **SECCIÓN 5. Apropiación y usos desiguales del espacio público / 178**

**Relatos mediáticos y desigualdades urbanas en Posadas, Misiones. Notas para una discusión**

*María del Rosario Millán, Walter Brites y Brígida Renoldi / 179*

**Las fuentes visuales en la investigación de la experiencia urbana**

*Daniela Soldano y María Gimena Perret Marino / 208*

**Movilidades cotidianas y desigualdades sociales: aproximaciones conceptuales y apuntes para la investigación**

*Jorge Blanco / 239*

**Las desigualdades urbanas metropolitanas en las percepciones de los habitantes de Buenos Aires**

*María Cristina Cravino / 255*

**Sobre las autoras y los autores / 274**

## **Las crisis sociales: problemas en torno a la experiencia y narración de la temporalidad y la imaginación del futuro**

*Sergio Visacovsky*

Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES),  
CIS/CONICET

En septiembre de 2001, 14 millones de argentinos (un 38 % de la población total) vivían por debajo de la línea de pobreza (Lozano, 2001). ¿Cómo se había llegado a esta situación? Tras la aprobación de la Ley de Reforma del Estado en agosto de 1989 durante el gobierno que presidía Carlos Menem —la cual facultaba al poder ejecutivo para llevar adelante la privatización de empresas estatales, así como la disolución de organismos públicos—, el desempleo se incrementó notablemente a lo largo de la década de 1990 debido a los despidos masivos de trabajadores y al retiro voluntario. Entre mayo de 1994 y octubre de 1997, los jefes de hogar desempleados que llevaban más de un año en tal situación aumentaron del 7,7 % al 22,4 %. De 1991 al 2000, solo en el Gran Buenos Aires, la tasa de desempleo aumentó del 6 al 17,9 % (Kessler y Di Virgilio, 2008). La desocupación estructural promedio fue del 11,8 % y en octubre de 2001 la desocupación alcanzaba un 18,3 %. Ya en mayo de 2002, la tasa nacional de desempleo alcanzó un récord del 21,5 %, lo que significó que el número de desempleados había aumentado a 2,8 millones; en tanto, el empleo precario alcanzó el 56,9 % de la población ocupada. Por último, en enero de 2002, la población que vivía por debajo del límite de la pobreza había aumentado al número dramático de 19 millones de personas, un 53 % de los argentinos (INDEC 2002; Heymann, 2006; Kosacoff, 2007). Cualquiera coincidirá que de la información precedente se desprende un cuadro gravísimo que sufrió la sociedad argentina a inicios del siglo XXI. Sin embargo, cuando esta información es asociada a una cronología específica, emerge una peculiaridad. Todo cuanto sucedió a partir de diciembre de 2001 y algunos de los años siguientes es denominado usualmente como «crisis», mientras que los años anteriores son tratados como sus «antecedentes». Solemos asociar la noción de crisis a situaciones de extrema dificultad; pero si es así, ¿Por qué aquel tiempo que precedió a diciembre de 2001 no mereció tal rótulo, ni antes ni después? ¿Es acaso un asunto de magnitud, de cuán penosa fue la situación entonces? ¿O, tal vez, porque en 2001 se sumó a la delicadísima situación económica un derrumbe del sistema político?

Si comparamos los datos de fines de los años 1990 e inicios del siglo XXI con el segundo semestre de 2018, un 23,4 % de hogares se encontraban por debajo de la línea de pobreza, lo cual comprendía un 32 % de las personas. De los hogares mencionados, un 4,8 % podía considerarse indigente, lo cual incluía al 6,7 % de las personas. Estos guarismos expresaban una suba de la pobreza en relación al primer semestre de 2018 y al segundo semestre de 2017 (INDEC, 2019a). En el primer trimestre de 2019, el desempleo llegó al 10,1 % (casi 2 millones de desocupados), siendo el nivel más elevado en 13 años. Considerando la población total urbana del país, serían 1 961 840 las personas desempleadas (INDEC, 2019b). Esto podría ser complementado con datos de inflación o la caída de reservas en el Banco Central. Algunos medios extranjeros han caracterizado la situación como una «crisis que no cesa» (González, 2019) o una más de las constantes crisis que azotan periódicamente al país (Pardo, 2019).

Aunque el gobierno de Cambiemos presidido por Mauricio Macri ha evitado tipificar la situación en estos términos, la misma ha terminado por imponerse. Así, mientras para algunos las evidencias son tan palmarias que no existe duda alguna respecto a estar viviendo una crisis, para otros la existencia de esta última no pareciera depender, necesariamente, de los datos estadísticos mencionados. Por supuesto, como sabemos, quienes son responsables de la conducción política de un país optan muchas veces por cuidar el uso de ciertos términos y la utilización de determinada información, por sus consecuencias negativas respecto a la credibilidad o confianza de inversores, acreedores y, en definitiva, de la ciudadanía en una gestión (tal como sucedió con la palabra «inflación» y las estadísticas públicas en una parte de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner entre 2007–2015). Pero, ¿de qué serviría esto? ¿Modificaría en algo la vida de quienes no pueden acceder a los bienes y servicios más básicos? La respuesta inmediata es, claro está, que no. El calvario de quienes deben sobrellevar cotidianamente las más duras condiciones de vida seguirá estando allí, llámese la realidad como se llame.

Ahora bien, con los usos de la noción de crisis sucede algo especial. Sea a través de funcionarios de gobierno, políticos, expertos o legos, la definición de una situación como «crisis» implica atribuirle una condición excepcional, un momento que se diferencia claramente de los anteriores y cuyo tránsito hacia una pretendida finalización a menudo resulta incómoda, angustiante. Precisamente, aquí pretendo presentar algunos de los aspectos principales que configuran lo que usualmente llamamos situaciones de crisis. Valiéndome de material empírico procedente de mis investigaciones acerca de los ciclos de crisis en la Argentina, me interesa mostrar dos cuestiones que están estrechamente vinculadas. Por un lado, las condiciones de posibilidad de una noción analítica de crisis, diferente de la empleada habitualmente por disciplinas como la

economía o las ciencias políticas; en su lugar, procuraré exponer la relevancia de una noción de crisis que haga posible comprender las formas de experiencia de la temporalidad, con especial énfasis en las condiciones que obstaculizan o tornan posible imaginar el futuro. Por otro (en un modo próximo a la noción de teodicea por parte de Max Weber), los usos sociales de «crisis» en tanto narrativas acerca del pasado que conllevan tanto la explicación de los males, desgracias, infortunios y fracasos del presente, así como la resolución definitiva de los mismos.

### **La crisis, sus nombres, sus tiempos**

Volvamos nuevamente a la llamada crisis de inicios del siglo XXI en la Argentina. La cadena de eventos que son caracterizados como «la crisis» ha adoptado una forma bastante distintiva, una de cuyas versiones más conocidas es la que sigue. El 3 de diciembre de 2001, el gobierno de «Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación» («la Alianza») impuso severas restricciones en las cuentas bancarias individuales (informalmente, estas restricciones recibieron el nombre de «corralito»), bajo el pretexto de prevenir la fuga de capitales. Posteriormente, el 19 de diciembre estallaron protestas masivas, especialmente en la ciudad de Buenos Aires: los famosos cacerolazos, en los que los manifestantes, identificados por los medios de comunicación como «clase media» (Visacovsky, 2009), expresaron su ira al golpear ruidosamente ollas y sartenes. Al mismo tiempo, en las afueras de la ciudad de Buenos Aires, sectores empobrecidos de la población saquearon supermercados y otras tiendas. Como consecuencia, esa noche el presidente Fernando de la Rúa declaró el estado de sitio por cadena nacional. Las protestas continuaron el 20 de diciembre, terminando en una sangrienta represión policial en Plaza de Mayo y en otros lugares del país, sumando hasta treinta y nueve muertes. Este episodio desencadenó la renuncia de todo el poder ejecutivo encabezado por De la Rúa. Luego de un breve período en el que tres presidentes se sucedieron, el 2 de enero de 2002, la Asamblea Legislativa eligió presidente al senador peronista Eduardo Duhalde. La nueva administración decretó el fin de la Ley de Convertibilidad, que había estado en vigor desde el 1 de abril de 1991. Sin embargo, la situación crítica continuó durante los meses siguientes, con altos niveles de malestar público (Camarasa, 2002; Jozami, 2003), incluso después de que Néstor Kirchner asumiera la presidencia el 25 de mayo de 2003 (Giarraca, 2007).

Si bien esta versión a menudo aparece como indiscutible, la identificación de la «crisis» como un evento preciso puede resultar una tarea extremadamente difícil. Si bien los indicadores económicos y las medidas adoptadas



para enfrentar la situación parecen ser un instrumento confiable y objetivo, la «crisis» fue un evento mucho más ambiguo de lo que se supone. Durante el período expuesto, la palabra «crisis» fue pronunciada por varios expertos, así como por políticos, académicos, artistas y periodistas, y se propagó a través de los medios de comunicación. Este término dominante fue acompañado o reemplazado por otros, tales como «caída», «colapso», «accidente» o «demolición», o directamente fue desplazado por nociones como «terremoto» o «desastre». La situación también fue vista como la «caída en un pozo»; por lo tanto, algunos intérpretes, como Abadi y Mileo (2002) y Altamirano (2002) podían afirmar que «los argentinos habían tocado fondo». Diferentes actores sociales recurrieron con frecuencia a una analogía médica: como si el país fuera un paciente en una condición grave e irreversible y cuya muerte fuera claramente muy cercana, «la crisis» se tipificó como «terminal» (Dessein, 2003: 7–8).<sup>1</sup>

¿Cuándo la situación comenzó a ser etiquetada como «crisis»? El término se impuso desde el 3 de diciembre (cuando se instauró el corralito) en los principales diarios, aunque venía circulando desde varios meses antes. En diciembre de 2000, el diario *La Nación* agregó una nueva sección titulada «Las lecciones de la crisis argentina. Una serie sobre los problemas básicos»; aquí se publicaron artículos de opinión escritos por destacados científicos, filósofos, escritores y empresarios, que sostenían que Argentina estaba congelada en el tiempo, que el país estaba aprisionado en el presente, y que para escapar debía aprender del pasado, como lo habían hecho otras naciones. (*La Nación*, 2000, 31 de diciembre). Estas personalidades destacaron la necesidad de construir esa nueva Argentina, la nación que no existía. Después de los eventos de fines de 2001, el inicio de la «crisis» se confinó cada vez más a diciembre, particularmente a los días 19 y 20, aunque pronto su duración se extendió. En efecto, la mayoría de los artículos periodísticos y otros escritos consideraron que la «crisis» continuó durante los meses posteriores a diciembre de 2001, después del comienzo de la presidencia de Duhalde, e incluso hasta después de que Kirchner asumiera el cargo de presidente el 25 de mayo de 2003, algo que él mismo se encargó de confirmar en plena presidencia. Desde el principio, Kirchner comparó las formas de superar la «crisis» con el pasaje de las almas de los muertos del Infierno al Paraíso, que tenían que pasar por el Pur-

---

1 Posteriormente, se acuñaron otros nombres. Algunos grupos políticos de izquierda definieron la situación como «argentínazo», especialmente considerando las protestas sociales (ver Gordillo, 2012). En un sentido similar, el estado de cosas se definió como una «revuelta», «rebelión», «revolución» o «explosión», expresiones que a menudo iban acompañadas de un adjetivo: «popular» (Dinerstein, 2003; Fradkin, 2002; Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006; Pereyra, 2003). Esta coyuntura también se llamó «diciembre trágico», porque el acento se puso en la represión. Sin embargo, «crisis» fue la etiqueta más habitual.

gatorio para expiar sus pecados. De hecho, Kirchner señaló que su objetivo principal era salir del Infierno para llegar al Purgatorio, y en muchas ocasiones afirmó: «todavía estamos en el Purgatorio» (Bleta, 2006; Cufre, 2003; *La Nación*, 2007, 13 de abril; *La Nación*, 2003, 12 de diciembre; *Clarín*, 2006, 21 de diciembre; *La Nación*, 2006, 23 de junio; Pérez de Eulate, 2007). Unos meses después de las elecciones presidenciales y legislativas del 28 de octubre de 2007, esta imagen consagró la idea de una Argentina que aún vivía en un momento de crisis, pero que estaba en camino a dejar la situación y, por ende, ya no estaba detenida en el presente.

Hasta aquí, he presentado la crisis argentina de inicios del siglo XXI como un tiempo que, en parte, podía ajustarse a cierta cronología, a un encadenamiento peculiar de eventos y a una caracterización que podía exponerse mediante datos cuantitativos (por caso, a través de mediciones de pobreza y desempleo), por determinados fenómenos de pérdida de legitimidad e inestabilidad política y, en especial, por manifestaciones masivas de descontento social acompañadas por violencia represiva estatal. También señalé que dicho tiempo, si bien recibió diferentes nombres, asumió preponderantemente el de «crisis» en el discurso público. También señalé que este evento se volvía más ambiguo cuando se depositaba la atención en sus fronteras temporales, esto es, tratando de establecer su inicio y su finalización. Una posible lectura es que estas ambigüedades podían ser corregidas por quienes disponían de los saberes apropiados, esto es, los expertos en crisis. Pero del mismo modo, podría sostenerse que tales esfuerzos por enmendar la ambigüedad no eran sino formas de establecer el evento como tal de un modo determinado y no de otro.

## Los saberes expertos

Cuando un medio de comunicación, por ejemplo, caracteriza la situación de un país, de un gobierno, en tanto atravesando una «crisis», está refiriéndose a una situación que considera real, que puede ser descrita objetivamente. Expertos de varias disciplinas confirmarán el diagnóstico de situación crítica (o las noticias periodísticas las tomarán como fundamento de autenticidad) o, directamente, anunciarán al conjunto de la ciudadanía que una nueva crisis se aproxima, que ya ha llegado o que se ha ido. Expertos que, entre sus competencias, cuentan con la posibilidad de anticiparse a las crisis, lidiar con ellas o evitar que retornen, para lo cual formularán recomendaciones o recetas.<sup>2</sup>

---

2 Recomendaciones y recetas cuya eficacia, comúnmente, recuerda los conjuros pronunciados entre los Trobriandeses al construir una canoa (Malinowski, 1995: 443)

Los economistas son, claro está, los primeros entre estos expertos. Las teorías económicas definen criterios mediante los cuales podemos estimar cuándo una situación ha devenido en «crisis»; en consecuencia, todos los eventos categorizados como «crisis» compartirían características comunes, más allá de las variaciones históricas, sociales y culturales. De tal modo, crisis sería (y así es empleada usualmente) como una noción universal, aplicable a cualquier realidad. Pensamos en «crisis económicas» y, sin mucho esfuerzo, podemos enumerar una larga e incompleta lista, encabezada por la tal vez más emblemática, la «Gran Depresión de 1929», a veces llamada «Crac del 29» o el Crack de Wall Street (*Wall Street Crash*), *Black Thursday* (por el jueves 24 de octubre de 1929, cuando se inició el derrumbe financiero) y *Black Tuesday* (el martes 29 de octubre de 1929, cuando se produjo la máxima caída en las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York). En modo similar, llamamos «crisis» a la serie de hiperinflaciones que en los años 1920 atravesó Europa, destacándose la que asoló la República de Weimar entre 1921 y 1923. Mucho más recientemente, se sucedieron varios de estos eventos que no dudamos en considerar como análogos: la crisis económica de Chile de 1982, durante la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet; la crisis económica de México de 1994, llamada usualmente «Tequila»; la crisis bancaria de 1994 en Venezuela; la crisis financiera en Asia de julio de 1997; la crisis financiera en Rusia (también llamada la «crisis del rublo»), el 17 de agosto de 1998; la crisis financiera ecuatoriana, que se extendió de 1999 a 2009; la crisis financiera dominicana entre 2003–2005; el colapso de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos del año 2006, que llevó en octubre de 2007 a la llamada «crisis de las hipotecas *subprime*» y que conduciría a la crisis financiera global de 2008, con consecuencias hasta el presente, la cual a veces es designada como Gran Recesión (*Great Recession*).

A esta empresa en la que participan los expertos en crisis debieran sumarse los politólogos. Ciertamente, la economía y la ciencia política se ocupan justamente del diagnóstico de las crisis; se trata de saberes que han emergido en condiciones históricas a las que han tipificado como «crisis» y, a su vez, han convertido a las «crisis» en objeto de su estudio (Wagner, 1989, 1991 y 2001; Wagner, Wittrock y Whitley, 1991). Esta perspectiva «diagnóstica», que implica asumir que la situación presente es «patológica» y demanda una «curación» proviene del antiguo saber médico, como lo mostrado el historiador alemán Reinhart Koselleck (2007; Witoszek y Trägårdh, 2002).<sup>3</sup> La historia, la socio-

---

3 Koselleck ha llamado la atención respecto a la importancia del temprano saber médico en el establecimiento de un doble contenido semántico del término «crisis». Analizando la etimología del vocablo (y la de «crítica», con el que está relacionado desde la antigüedad griega hasta la llamada Edad Moderna, Koselleck mostró que la idea de crisis involucra un concepto de enfermedad que presupone, por ende, una noción de salud que debe

logía y la misma antropología social comparten con la economía y la politología esta concepción de la crisis, aunque sus vocaciones terapéuticas puedan ser menos acentuadas o estentóreas. Todas conciben una situación específica cuyas causas pueden ser investigadas; tal ha sido el caso de la mayoría de los estudios sobre la llamada «crisis argentina», que se han centrado en sus causas económicas y políticas (Levey, Ozarow and Wylde, 2014). Desde esta perspectiva, las crisis son escenarios que coaccionan determinados comportamientos de los individuos y grupos, cuestión que se transforma por sí misma en un programa de investigación.<sup>4</sup> De tal manera, fueron objeto de estudio durante la crisis de inicios del siglo XXI las nuevas formas de deliberación pública, como las asambleas barriales (Briones, Fava y Rosan, 2004; Dinerstein, 2003; Gómez, 2006; Rodgers, 2005; Rossi, 2005a, 2005b); los lugares de intercambio mediante monedas *ad hoc*, como los «clubes de trueque» (González Bombal y Svampa, 2001; González Bombal, 2002; Hintze, 2003) o las famosas protestas urbanas conocidas como «cacerolazos» (Camou 2002; Gómez, 2009; Visacovsky, 2009, 2012; Zenobi, 2006).

Como consecuencia de lo visto hasta aquí, podría concluir que la caracterización de una situación en tanto «crisis» responde a la presencia en la realidad social de un conjunto de rasgos, propiedades o signos en los que el experto constata la presencia de una patología. Así como la fiebre puede ser la manifestación de una infección, del mismo modo una alta inflación o la fuga de capitales constituirían la expresión de una situación patológica o de crisis económico-financiera,<sup>5</sup> la cual es diagnosticada por aquellos expertos que, a renglón seguido, postularán la forma de regresar a un estado de salud.

---

ser recuperada, o que se ha perdido para siempre e, indefectiblemente, se encamina a la muerte. Esto habría afectado los usos del vocablo en los campos de la política, la economía y la historia, constituidos más tarde.

- 4 En el campo específico de la antropología social, esta línea de trabajo puede ser rastreada hasta los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando Max Gluckman se interesó por el estudio de situaciones o contextos de crisis, esto es, procesos contradictorios y conflictivos que ofrecen múltiples posibilidades para la generación de algo nuevo (Kapferer, 2005: 86; LeVine, 1961). Estos contextos de crisis (Gluckman, 1940) llegarían a ser el lugar ideal para la investigación, particularmente porque revelaban fuerzas y principios sociales subyacentes o latentes (Kapferer, 2005: 89). Gluckman se refiere a las crisis morales que aparecen en situaciones en las que los individuos son impulsados a actuar de manera diferente y opuesta debido a las diversas reglas y valores sociales, sin una solución clara a la vista.
- 5 Es imprescindible recordar los riesgos que supone recurrir a nociones médicas para hablar de la sociedad y la historia. Por esta vía, la idea de «crisis» nos induce a pensar la vida colectiva en términos de estados «patológicos» contrapuestos a «normales», así como a «diagnosticar» la etiología de las enfermedades sociales y postular los posibles tratamientos. Una consecuencia importante de ello es el modo en que opera el lenguaje médico

## Discontinuidad temporal, tiempo congelado y futuro inconcebible

Desde la perspectiva de la concepción médica en la que se originó la noción de crisis, esta es concebida como un punto de inflexión porque, cuando surge, es imposible saber el resultado o conclusión; es decir, si un paciente mejorará o empeorará (Habermas, 1976; Holton, 1987; Koselleck, 2007).<sup>6</sup> Como se desprende de esto, *crisis* está asociada con una discontinuidad donde algo sucede y pone fin a lo que existía hasta ese momento, mientras que el futuro no aparece como el resultado predecible de la continuidad entre el pasado y el presente, por lo que el tiempo se percibe como estancado: algo ya no es lo que solía ser, pero aún no se ha convertido en lo que será (Visacovsky, 2011, 2017b). Como consecuencia, la crisis supone la incapacidad de imaginar el futuro, constituyendo un momento que solo se puede vivir como incierto (Koselleck, 2007); esto es lo que Claudio Lomnitz-Adler (2003: 132) llama una *saturación del presente*, es decir, una aversión colectiva para socializar imágenes futuras viables y deseables, cercanas a la idea del *tiempo congelado* (Visacovsky, 2017b) y la más clásica de *liminalidad* (Horvath, Thomassen y Wydra, 2015). Aquellos que se encuentran en el momento de la crisis no pueden saber cómo o cuándo terminará, pero pueden imaginar resultados posibles; y al hacerlo, forjan posibles soluciones y escenarios para la acción política. Pero, ¿Cómo se puede imaginar el futuro en estas circunstancias?

En tanto momentos liminales, las crisis sociales suponen un orden dado, considerado normal, el cual se disuelve, se descompone, se ve afectado por un desequilibrio que debe ser restaurado. Dicho de otra manera, se trata de un orden establecido que colapsa<sup>7</sup> y, por lo tanto, debe ser sustituido por otro

---

como un lente mediante el cual conferimos sentido a la vida social; tanto expertos como legos definen continuamente determinadas coyunturas como «patológicas», postulando etiologías y posibilidades terapéuticas. La «curación» supone un futuro libre de la «enfermedad» que caracteriza el presente, que también puede concebirse como un retorno a un pasado en el cual la patología estaba ausente.

- 6 Sin embargo, usos del concepto de «crisis» como «estado crítico» o «condición crítica» son empleados en medicina para referirse a una «etapa o fase de una enfermedad» cuyo curso será decisivo para el futuro, ya que la resolución de la «crisis» determinará si el paciente podrá recuperarse o morirá; específicamente, se trata de saber si el organismo puede recobrar sus propias fuerzas (Habermas 1973, 643). En este caso, se trata de un «estado de crisis» que no será permanente (Holton 1987, 504), en la medida que tendrá una resolución; ésta, no obstante, es desconocida en el presente, por lo que solo puede haber incertidumbre respecto al futuro.
- 7 Sin embargo, para una gran cantidad de personas que viven en situaciones de extrema pobreza, donde el desempleo o la inestabilidad laboral son endémicas, ¿Es posible hablar de una situación en la que un estado «normal» ha sido alterado y debería ser restaurado? (Vigh 2008).

(Stewart y Harding, 1999). Los análisis más recientes sobre la crisis financiera de 2007–2008 o la crisis de la deuda griega han mostrado la importancia de las interpretaciones sobre el pasado para la recreación del futuro (Bryant, 2016; Knight, 2012a, 2012b, 2016, 2017; Knight and Stewart, 2016; Roitman, 2014).

Los estudios antropológicos clásicos sobre los ritos de paso resultan un punto de partida significativo para comprender los problemas vinculados a la crisis como discontinuidad, las transiciones y la gestación del futuro. Centrándose en las ceremonias asociadas a los ciclos de vida (nacimiento, infancia, pubertad, matrimonio, embarazo, paternidad y muerte), el etnógrafo y folclorista holandés–alemán–francés Arnold Van Gennep (2008) postuló que todo rito de iniciación podía ser reducido a un esquema simple y universal, caracterizado por tres fases: a) preliminar o de separación; b) liminal o marginal y c) posliminal o de agregación. La lección principal transmitida por el modelo de los ritos de pasaje es que una discontinuidad temporal se resuelve mediante transiciones a nuevos estados. Sin embargo, la ritualización de la transición en las crisis de los ciclos de vida presupone un orden socialmente reconocido. Quienes siendo jóvenes deben pasar a adultos lo harán a través de procedimientos constituidos y socialmente reconocidos, tal como otros lo han vivido antes. En la secuencia ritual, el futuro ya está preestablecido, así como la forma de resolver la crisis. En contraste, las transiciones imaginadas para resolver las principales crisis económicas y políticas del capitalismo no necesariamente abren el camino hacia un nuevo estado; por el contrario, ese nuevo estado tiene que ser diseñado e impuesto a la sociedad, consensuando y disputando con otros futuros posibles (Castillejo–Cuéllar 2014; Visacovsky 2017b; Visacovsky y Guber 2005).

En suma, toda crisis puede verse como un momento en que las formas aceptadas de orientación al futuro se tornan inadmisibles y, por consiguiente, deben ser sustituidas por otras; es decir, se debe diseñar e imponer un nuevo futuro a la sociedad (Visacovsky, 2017b). De manera fundamental, la situación *debe* ser definida como crisis, *debe imponerse una percepción de la misma como un problema público y general, como la crítica<sup>8</sup> de un proyecto político que exige una transformación del estado y la sociedad* (Hay, 1996).<sup>9</sup>

---

8 Crítica y crisis son términos relacionados (Koselleck, 2007; Roitman, 2014).

9 Como Colin Hay (1996) ha demostrado en el caso de la subida del thatcherismo en Gran Bretaña a mediados de la década de 1970, la crisis debe ser construida de forma narrativa como un diagnóstico de la situación y, simultáneamente, como una manera de y una decisiva intervención dirigida a transformar el Estado.

## La crisis como interpretación y como construcción del evento

En el caso de la llamada «crisis argentina» de inicios del siglo XXI, con la excepción de algunas obras (Armony, 2004; Armony y Armony, 2005; Goddard, 2006), se ha prestado muy poca atención a las interpretaciones públicas de la situación. Las interpretaciones de la crisis (la argentina o cualquiera en verdad) han sido tratadas como si se refiriesen a un objeto externo al intérprete. Por supuesto, en gran medida se presentan como fuerzas que actúan sobre la mayor parte de los conjuntos sociales, con independencia de su voluntad y lejos de su control (lo cual no significa que no sean consecuencia de la acción humana), impactando de modo tal que afectan profundamente las condiciones de vida. Como ya vimos, las manifestaciones de estas fuerzas y sus consecuencias pueden ser descriptibles y cuantificables: así lo es perder el trabajo, empobrecerse hasta el límite de no poder acceder a bienes y servicios esenciales, sufrir hambre o quedar en situación de calle.

Pero las descripciones y cuantificaciones de estos hechos nunca se presentan independientemente de un marco que los haga inteligibles, consistente en una explicación de sus causas y soluciones posibles. Por eso, aunque una situación de crisis económico-financiera sea inteligible si se la sitúa en el contexto del capitalismo global y su funcionamiento, esta se produce en el marco de historicidades singulares que les confieren sentidos específicos. Dicho de otro modo: el modo particular en que los argentinos interpretan sus crisis está basado en marcos interpretativos que solo tienen sentido dentro de historicidades determinadas. Estas interpretaciones (que funcionan como organizadoras de las experiencias del presente) hacen que una crisis como la de inicios del siglo XXI se constituya en un evento (véase Hay, 1995, 1996; Kapferer, 2010; Turner, 1974; Sahlins, 1988). En suma, un tiempo como «crisis» es inseparable de sus interpretaciones, de las búsquedas por tornarla inteligible y crear futuros, así como de posibilitar ciertos y nuevos cursos de acción política (Bryant, 2016: 26).

En el caso de la crisis argentina de inicios del siglo XXI, la relevancia del estudio de las interpretaciones públicas de la «crisis» reveló formas profundamente arraigadas de imaginar la nación y un sentido de historicidad (véase Knight, 2012b: 369); un presente enraizado en la historia nacional, con sus versiones específicas y, en consecuencia, posibles soluciones o proyectos. De tal modo, durante ese tiempo, un gran número de intérpretes públicos coincidieron en que la crisis presente solo podía entenderse como expresión típica de la historia nacional. Esto dio lugar a una amplia reflexión sobre las desgracias y el destino de la nación. Si bien la situación exigía respuestas inmediatas en la coyuntura, las diferentes interpretaciones mostraron que existía una amplia convicción: los males que habían llevado a la «crisis» de inicios del siglo XXI

no eran producto del presente. En su lugar, sostenían que la «crisis» no era sino parte de una historia repetida de desencantos. Los intérpretes apelaron a una serie de marcos narrativos (Knight, 2012a: 356) que concebían la crisis ya sea como una expresión de la «decadencia argentina», como una nueva oscilación en el estado de ánimo de una «nación adolescente» o como parte de «los ciclos recurrentes» en los que se alternaban la prosperidad y la decadencia. El futuro, impensable en el tiempo de «crisis», podría imaginarse/construirse a través de las narraciones sobre el pasado nacional. En todos los casos, ese futuro suponía la institución de un tiempo progresivo que terminase con el estancamiento/congelamiento, pero cada narración lo resolvía de una manera diferente. Veamos en primer término la narrativa de la decadencia.

Esta veía la crisis presente como el resultado del abandono de un camino virtuoso; por ende, la resolución de la crisis exigiría una sustitución del tiempo decadente por otro virtuoso, la restauración o regreso de un pasado floreciente y, de ese modo, de un tiempo progresivo. Así lo exponía el sociólogo y politólogo Daniel Schutt:

Recambio presidencial anticipado, devaluación de la moneda, moratoria del pago de la deuda pública interna y externa, crisis bancaria y financiera generalizada, colapso del crédito público y privado, fractura de la cadena de pagos, estrangulamiento fiscal del Estado, recesión económica prolongada, descrédito generalizado de la clase política, fragilidad institucional e inseguridad jurídica exacerbadas .....nada nuevo bajo el sol, en apariencia, en el traumático proceso de decadencia e inestabilidad argentino de los últimos 25 años, en el que han proliferado los fracasos, las tragedias y, también, los espejismos de la esperanza, a la postre revocados, de un país presuntamente condenado a la prosperidad ilimitada. (Schutt, 2003: 475)

Si bien el proceso de formación de esta narrativa excede nuestras pretensiones aquí, es importante señalar que ha constituido una matriz importante para pensar el pasado nacional y un poderoso dispositivo político. Dado que el momento histórico en que se habría iniciado la decadencia varía en función de la perspectiva del pasado, esta gran narrativa ha sido empleada de las más diversas formas. El ensayista Juan José Sebreli, por ejemplo, sostenía en los primeros años del siglo XXI:

El fracaso argentino es un enigma histórico difícil de descifrar. ¿Qué sucedió con una de las naciones más ricas del mundo, a principios del siglo XX, cuando cincuenta años después empezó una declinación paulatina, casi imperceptible, para luego entrar en una espiral vertiginosa que la llevó, a inicios del siglo XXI, al colapso?. (Sebreli, 2004: 13)



De acuerdo con Sebrelí, la decadencia se habría iniciado a mediados del siglo xx, durante los gobiernos presididos por Juan Domingo Perón (1946–1955), interrumpiendo así un supuesto esplendor de la Argentina a comienzos del siglo xx. En la actualidad, esta misma versión la ha señalado el presidente Mauricio Macri así como muchos de sus funcionarios, al sostener insistentemente que su gobierno está tratando de componer una situación originada setenta años atrás: «No alcanzan tres años para corregir una decadencia de décadas», sostenía Miguel Braun, Secretario de Política Económica (*El Economista*, 2019, 10 de abril). Desde diferentes sectores del peronismo han respondido estas verdaderas acusaciones, sosteniendo que durante el primer peronismo hubo sensibles mejoras en los niveles y calidad de vida de los trabajadores, atribuyendo la responsabilidad de la decadencia a los gobiernos neoliberales, ante todo, a la última dictadura militar (1976–1983). La representación de la Argentina como «decadente» ya había sido expresada por Néstor Kirchner en su discurso ante la Asamblea Legislativa en 2003. También en su asunción, Eduardo Duhalde afirmaba: «He sido convocado por ustedes para cortar el ciclo de la decadencia y abrir un nuevo ciclo» (REPÚBLICA ARGENTINA VERSIÓN TAQUIGRÁFICA ASAMBLEA LEGISLATIVA 1° de marzo de 2002 [https://www.hcdn.gob.ar/secparl/dgral\\_info\\_parlamentaria/dip/archivos/2002-03-01\\_Mensaje\\_Presidencial\\_Duhalde.pdf](https://www.hcdn.gob.ar/secparl/dgral_info_parlamentaria/dip/archivos/2002-03-01_Mensaje_Presidencial_Duhalde.pdf)). Pese a las ostensibles diferencias respecto a cuándo se habría iniciado, quiénes son sus responsables e, incluso, en qué consistiría, lo cierto es que la idea de la situación de la Argentina como fruto de una larga decadencia es ampliamente compartida en el discurso público y, seguramente, invocada en más de una conversación cotidiana.

La «nación adolescente» fue otra narrativa importante, aunque menos invocada (González, 2014). Según el abogado y periodista conservador Mariano Grondona, la crisis de inicios del siglo xxi obedecía al hecho de que la Argentina era un país inmaduro. Con reminiscencias de la interpretación kantiana de la Ilustración y basada en analogías con los ciclos de vida (Herman, 1997; Vigh, 2008), Grondona veía a la Argentina como una nación que, al no haber alcanzado la edad adulta, cambiaba constantemente su humor: «Al esperar demasiado de cada cambio, el adolescente pasa de la ilusión a la frustración y de ella a una nueva ilusión. Pero, sin que debamos renunciar a la utopía de un mañana perfecto, también deberíamos reconciliarnos con la modesta realidad que nos rodea» (Grondona, 2001a). En parte, esta narrativa se asemeja a la de la decadencia. Ambas imaginan un tiempo futuro progresivo, el cual debería llegar una vez que se supere el tiempo liminal de la adolescencia. También guarda similitudes con una idea de tiempo recurrente, puesto que ven a la ciudadanía con permanentes cambios anímicos, con oscilaciones que van de la euforia y el entusiasmo por una idea, partido o gobierno a su odio

y defenestración. La inmadurez también es vista como el apoyo a ideas «poco serias», a la adhesión a promesas «facilistas», «cortoplacistas», «populistas». En todos los casos, la edad adulta es un estado que aún no ha emergido; solo se puede vislumbrar a través de la contemplación de aquellos que la han alcanzado, como los países desarrollados, «serios» y «normales».

Finalmente, una última gran narrativa vio las crisis como una constante en la historia argentina, una manifestación de ciclos repetitivos. Las crisis constituirían eventos previsibles, producidos por la alternancia permanente entre tiempos prósperos y decadentes. En esta narrativa, el presente se vuelve indefectiblemente inestable, porque lo peor siempre está por venir. Como afirmó el periodista y escritor Rodrigo Fresán (2001): «la condición de argentino está ligado a la catástrofe». La idea de la crisis como una amenaza siempre emergente está profundamente arraigada, de ahí que el título de una nota de Mariano Grondona bien podría estar en la boca de una inmensa parte de los argentinos: «cómo y cuándo estallará la próxima crisis» (Grondona, 2001b). Posiblemente sea una forma razonable de ver las cosas, si consideramos que durante los últimos cincuenta o sesenta años los argentinos han experimentado desempleo, pobreza, hiperinflaciones, devaluaciones, recesiones, confiscaciones, fugas de capital, déficits fiscales, deuda externa, proscripciones, violencia política, golpes de estado, autoritarismo y terrorismo de Estado. No es sorprendente que durante la «crisis» de inicios del siglo XXI muchas personas recordaran otros episodios similares en el pasado. Grondona definió correctamente las crisis como «la expresión casi rutinaria de un país periódicamente convulsionado»; incluso postuló que el país tenía por costumbre explotar aproximadamente cada diez años (Grondona, 2001b), una expresión que es profetizada en la vida cotidiana con la convicción de la certeza.<sup>10</sup> En la misma línea, el politólogo Natalio Botana alegó:

las crisis conforman en la Argentina una secuencia implacable. Hay generaciones para las cuales la normalidad es apenas un intervalo. Lo peor de este proceso de destrucción de nuestros vínculos sociales estriba en el hecho de que la crisis,

---

10 En 2013, el economista liberal Orlando Ferreres titulaba una nota «Cada década, una crisis», donde sostenía que la razón se debía al «populismo», a las políticas de «corto plazo», a las promesas de éxito sin esfuerzo y al pueblo que cree en ellas: «¿A qué se debe este pernicioso comportamiento? Básicamente, al populismo político y económico que desde hace mucho ha predominado en nuestro país. Esos dirigentes solo miran el corto plazo y la próxima elección, pero no el destino de grandeza del país (...) En las elecciones solo gana el que más promete y aquel que no anuncia ningún problema, aquel que profetiza que todo se va a solucionar casi sin ningún esfuerzo. El pueblo, engañado, les vuelve a creer, y los vuelve a votar. Estamos «como ovejas sin pastor», pero cada vez más pobres, más subdesarrollados por decisión propia» (Ferreres, 2013).

más que un momento de excepcionalidad en la marcha del país, impone el sello histórico de la larga duración. Esta es la originalidad y la condena de las crisis argentinas. (Botana, 2001)

En otras palabras, lo que estaba sucediendo en 2001 no era algo excepcional: ya había sucedido antes. Obviamente, dicha «crisis» fue un duro golpe; pero eso no significaba que este fuera ni el primero, como tampoco el último. El sociólogo y consultor de opinión pública Eduardo Fidanza (2012) planteaba «la idea de circularidad, de eterno retorno (la) sospecha de que el país tiene compulsión a repetir indefinidamente sus problemas irresueltos», al evocar el libro de Eduardo Tiscornia, *El destino circular de la Argentina* de 1983, en pleno retorno democrático.

En cuanto a la temporalidad subyacente de la narrativa de los ciclos recurrentes, esta podría ser descripta como un movimiento perpetuo donde el pasado retorna, una y otra vez, convirtiéndose en presente. Aunque suene paradójico, ese pasado aguarda agazapado para reaparecer infaliblemente en el futuro, aunque no se sepa exactamente cuándo. La superación de una crisis supone, pues, el desplazamiento de la misma al pasado y la inauguración de un nuevo tiempo, tal vez de alivio, tal vez floreciente. Pero nadie puede estar seguro de que el presente que se ha convertido en pasado no volverá; por el contrario, constituirá una amenaza permanente. La inauguración de un nuevo tiempo también debe ser una prevención del regreso del pasado fatídico. Una vigilancia permanente del pasado será indispensable; nadie puede relajarse, porque la sustitución de un tiempo decadente por otro próspero será transitorio: el pasado siempre será una fuerza viva.

Las diversas narrativas expuestas hasta aquí están relacionadas jerárquicamente. Dependiendo de sus temporalidades subyacentes, una narrativa (o partes de ella) puede transformarse en otra. La secuencia progreso–decadencia–progreso puede convertirse en una narración de ciclos recurrentes. La narrativa de la nación adolescente puede compararse con la concepción de la decadencia, cuando no se alcanza el futuro de la edad adulta y el progreso. En todos los casos, la narrativa de los ciclos recurrentes subsume todas las otras narrativas, transformando todo progreso, bienestar y madurez en algo transitorio.

Como se advierte, el pasado en sus diferentes versiones (sus narrativas) facilitaba marcos para pensar la nación, sus males y destinos, pero también guiones para la acción. Las disputas interpretativas sobre el momento de la «crisis» forjaron significados específicos y al evento como tal. E iniciaron algo más: postularon la necesidad de un tipo específico de intervención política (Hay, 1996) que, en el caso argentino, implicó una salida a través de un camino diferente al neoliberalismo, al cual se atribuía la responsabilidad por la deba-

de. Esto es, las interpretaciones públicas tuvieron consecuencias en las prácticas y en la vida cotidiana de la población, ya que dieron lugar a políticas específicas. Las disputas interpretativas que constituyeron la crisis de inicios del siglo XXI como un evento singular produjeron un entorno político en el que ciertas acciones fueron posibles y admisibles, en detrimento de otras. La fuerte condena pública de las políticas de la década de 1990 y de sus líderes permitió formas de intervención que se presentaron como opuestas a aquellas.

## **Conclusiones**

Mi pretensión aquí ha sido realizar una contribución al novedoso campo de estudios sobre situaciones de crisis, especialmente en antropología. Esto puede ayudar a comprender mejor muchos aspectos que exceden las posibilidades de los análisis propiamente económicos y politológicos. Desde una perspectiva no normativa, basada en la investigación empírica y en un arsenal analítico sensible a la acción humana y a la naturaleza preinterpretada del mundo social, mi intención es estimular el desarrollo de una agenda que aborde las situaciones de crisis en tanto social e históricamente específicas, en la medida que adquieren el carácter de eventos merced a interpretaciones solo inteligibles a partir de historicidades particulares. Las crisis (en un sentido económico) pueden obedecer a la lógica universal del capitalismo; pero una «crisis» (como la argentina de inicios del siglo XXI) fue un evento multidimensional. Como lo muestran los estudios sobre España y (principalmente) Grecia, justamente el caso argentino destaca la relevancia de las dimensiones culturales y prácticas para una mejor comprensión de las políticas de Estado y las diferentes respuestas colectivas a las situaciones de crisis.

Por otra parte, el caso argentino resulta de peculiar interés por sus crisis recurrentes. Como hemos señalado a lo largo del texto, las situaciones de «crisis» se presentan como un horizonte futuro más que posible en todo momento, incluso en periodos de bienestar. Esta realidad es objeto de interés principalmente por parte de economistas, tanto argentinos como extranjeros, siendo los expertos que gozan de autoridad para diagnosticar las crisis y proporcionar posibles terapias para superarlas. Por supuesto, como hemos visto, los economistas tienen este lugar en todas partes. Pero, llamativamente, en la Argentina son aún muy escasos los estudios que se proponen abordar las crisis como procesos multidimensionales, como eventos constituidos y no como meros efectos de procesos estructurales. Cómo situaciones y experiencias tan omnipresentes en la vida de los argentinos no se han traducido en un programa de investigación desde los problemas, enfoques y marcos analíticos aquí expues-

tos, resulta difícil de entender. Mucho más cuando, al tiempo que redacto los últimos párrafos de este texto, nuevamente la situación de la Argentina es tipificada como crisis. Así lo señalan medios nacionales e internacionales, economistas y analistas políticos de las más variadas tendencias, la oposición política casi en su totalidad. Tras los resultados de las elecciones primarias en las que el candidato del Frente de Todos, Alberto Fernández, se impusiera a la fórmula de la coalición gobernante, Juntos por el Cambio, encabezada por el presidente en ejercicio, Mauricio Macri, por 47,66 % frente un 32,08 %, la grave situación precedente se agudizó. Fernández quedó posicionado como el candidato que ganaría las elecciones presidenciales el 27 de octubre,<sup>11</sup> mientras que la derrota golpeó duramente al gobierno. El Ministro de Hacienda, Nicolás Dujovne, renunció, siendo reemplazado por Hernán Lacunza. La atención está puesta en la suba del dólar, cuyas fluctuaciones son seguidas en tiempo real por los noticieros y, por supuesto, una enorme audiencia que pronto acude a los bancos a cambiar sus pesos argentinos por la moneda norteamericana en la que confían, para no perder lo que tienen. Caen los depósitos en moneda extranjera del sector privado; seguramente, el trauma del «corralito» de 2001 y la pesificación forzosa de 2002 llevan a la toma de medidas de precaución. Y por supuesto, caen las reservas y crece el riesgo país. Fernández y otros dirigentes del Frente de Todos responsabilizan al gobierno y al Fondo Monetario Internacional por la delicadísima situación, el gobierno y algunos periodistas afines al mismo acusan al candidato opositor porque, sostienen, sus intervenciones públicas provocan incertidumbre. Mientras la inflación no cesa, la pobreza no da tregua y algunos medios muestran el estado de miseria y abandono en el que se encuentran muchas personas, el ministro Lacunza anunció el miércoles 28 de agosto un plan de renegociación de la deuda externa, dada la imposibilidad de cumplir con los vencimientos previstos. Aunque no he desarrollado una investigación sistemática sobre la crisis presente, los paralelismos narrativos con otras situaciones pasadas son ostensibles. Tal vez, parte de la respuesta al por qué no se ha desarrollado un programa de investigación sobre crisis sociales en un país donde la crisis es, ciertamente, aquello que siempre aguarda en el futuro, radique en que quienes podrían impulsar tal programa se han conformado con reproducir las grandes narrativas que explican y a la vez constituyen las experiencias de crisis.

---

11 Finalmente, el 27 de octubre Alberto Fernández triunfaría en las elecciones presidenciales con el 48,24 % de los votos frente al 40,28 % del presidente Mauricio Macri. Fernández asumiría la presidencia el 10 de diciembre.

Por eso, parte de la tarea consiste en estudiar la *producción de narrativas* mediante las cuales determinados eventos quedan inscriptos en secuencias, tornando así *previsible* a la situación presente, *normalizándola*. Este es un modo de producir futuros posibles, es decir, *modos efectivos de resolución de las crisis*. Sin esta tarea resulta imposible imaginar el futuro y forjar esperanzas colectivas. Pero también es importante preguntarse si es posible hablar de una situación en la que un estado «normal» ha sido trastocado y que debe ser restituido, cuando una enorme parte de la población vive en situaciones de pobreza extrema, donde el desempleo o la inestabilidad laboral son endémicos y tal situación se mantiene o agudiza durante generaciones (Vigh 2008). Bajo tales circunstancias, ¿Qué imágenes de futuro pueden ser forjadas o aceptadas? Tal vez, una relectura atenta de los estudios sobre antropología y sociología de la religión podría orientar la investigación al descubrimiento de imágenes de redención muy distintas a las que supondría la restitución de la normalidad vía la economía o la política.

Al mismo tiempo, resulta crucial indagar la percepción y organización de las experiencias cotidianas bajo situaciones de crisis, las cuales mantienen complejas conexiones con los saberes expertos. A su vez, es importante tener en cuenta que en ciertos contextos como la Argentina, «crisis» es un vocablo de uso corriente en la vida cotidiana, recurrentemente empleado para organizar la experiencia histórica. Es imprescindible preguntarse *por qué un determinado momento es definido como crisis, ya sea por los medios de comunicación*,<sup>12</sup> por los expertos, por los políticos, pero también por otros actores cuyas expresiones no llegan a cristalizar en el discurso público. Lo significativo es que las disputas por la definición de la situación en tanto *crisis la constituyen como evento y hacen posibles determinadas intervenciones públicas*.

---

12 Colin Hay (1996) ha abordado las estrategias retóricas y los dispositivos lingüísticos utilizados por algunos medios de comunicación en la narración de los acontecimientos que dieron lugar a la crisis de 1978-1979 en el Reino Unido (llamada «el invierno del descontento», evocando a Ricardo III, de William Shakespeare). Hay sugiere que dicho momento fue estratégico en la transformación del estado británico y la emergencia del thatcherismo; a través de algunos medios, la nueva derecha mostró que la coyuntura (caracterizada por una creciente ola de protestas sindicales) era un síntoma de la crisis del estado, y que ella era la única capaz de resolverlo.

## Referencias bibliográficas

- Abadi, José Eduardo y Mileo, Diego (2002). *Tocar fondo: la clase media argentina en crisis*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Altamirano, Carlos (2002). ¿Quo vadis, Argentina? *Estudios Avanzados*, 16 (44), 69–82.
- Armony, Victor (2004). *L'énigme argentine: images d'une société en crise*. Montréal: Athéna éditions.
- Armony, Ariel C. y Armony, Víctor (2005). Indictments, myths, and citizen mobilisation in Argentina: a discourse analysis. *Latin American Politics and Society*, 47 (4), 27–54.
- Bleta, A. (2006, 11 de noviembre). Kirchner volvió a mostrarse con Cristina y habló del fin del mandato. *Clarín*, p. 4.
- Botana, Natalio (2001, 3 de enero). Crisis de la República. *La Nación*, p. 25.
- Briones, Claudia, Fava, Ricardo y Rosan, Ana (2004). La politización de los indefinidos como clave para pensar la crisis argentina. En Grimson, A. (Coord.) *La cultura en las crisis latino — americanas* (pp. 81–105). Buenos Aires: CLACSO.
- Bryant, Rebecca (2016). On critical times: return, repetition, and the uncanny present. *History and Anthropology*, 27 (1), 19–31.
- Camarasa, Jorge (2002). Días de furia: historia oculta de la Argentina desde la caída de de la Rúa hasta la asunción de Duhalde. Buenos Aires: Sudamericana.
- Camou, Antonio (2002). Argentina. La rebelión de las cacerolas. *Nueva Sociedad*, 177, 4–7.
- Castillejo-Cuéllar, Alejandro (2014). La imaginación social del futuro. Notas para una comisión de la verdad en Colombia. En Antequera Guzmán, J. (Coord.), *Detrás del espejo. Los retos de las comisiones de la verdad* (pp. 35–54) Bogotá: Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.
- Clarín* (2006, 21 de diciembre). Kirchner volvió a pedir que no se pierda el tiempo en campaña y resaltó logros económicos, p. 7.
- Cufre, David (2003, 12 de diciembre). Kirchner quiere salir del infierno mientras los empresarios piden palos. *Página 12*, p. 2.
- Dessein, Daniel. (Coord.) (2003). *Reinventar la Argentina: reflexiones sobre la crisis*. Buenos Aires: Sudamericana y La Gaceta de Tucumán.
- Dinerstein, Ana (2003). ¡Que se Vayan Todos! Popular Insurrection and the Asambleas Barriales in Argentina. *Bulletin of Latin American Research*, 22, 187–200.
- El Economista (2019, 10 de abril). Braun: No alcanzan tres años para corregir una decadencia de décadas. <https://www.eleconomista.com.ar/2019-04-braun-no-alcanzan-tres-anos-para-corregir-una-decadencia-de-decadas/>
- Ferreres, Orlando (2013, 6 de setiembre). Cada década, una crisis. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/cada-decada-una-crisis-nid1616898>
- Fidanza, Eduardo (2012, 29 de diciembre). El destino circular de la Argentina. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/el-destino-circular-de-la-argentina-nid1541335>
- Fradkin, Raúl O. (2002). *Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre de 2001*. Buenos Aires: Prometeo.
- Fresán, Rodrigo (2001, 31 de diciembre). Argentino de lejos. *Página 12*, p. 16.
- Giarraca, Norma (2007). *Tiempos de rebelión: que se vayan todos: calles y plazas en la Argentina 2001–2002*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gluckman, Max (1940). Analysis of a social situation in modern Zululand. *Bantu studies*, 14 (1), 1–30.

- Goddard, Victoria (2006). This is history: nation and experience in times of crisis. Argentina 2001. *History and Anthropology*, 17 (3), 267–286.
- Gómez, Marcelo (2006). Crisis y recomposición de la respuesta estatal a la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989–2004. *Revista Argentina de Sociología*, 4 (6), 88–128.
- Gómez, Marcelo (2009). Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito. El caso de la estrategia de guerra a los bancos del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata. *Revista de Ciencias Sociales*, 16, 125–146.
- González, Fernando (2014). *Crónicas de un país adolescente: siete décadas de proyectos delirantes*. Buenos Aires: Ediciones B.
- González, Enric (2019, 2 de junio). Argentina: la crisis que no cesa. *El País*. [https://elpais.com/economia/2019/05/31/actualidad/1559311610\\_608484.html](https://elpais.com/economia/2019/05/31/actualidad/1559311610_608484.html)
- González Bombal, Inés (2002). Sociabilidad en clases medias en descenso: experiencias en el trueque. En Beccaria, L. et al. (Coords). *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 97–136). Buenos Aires: Universidad de General Sarmiento–Biblos.
- González Bombal, Inés y Svampa, Maristella (2001). Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo. *Serie Documentos de Trabajo*, 3. Buenos Aires: SiEMPRO, Secretaría de Tercera Edad y Acción Social, Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.
- Gordillo, Mónica. (2012). *Piquetes y cacerolas: el «argentínazo» del 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Grondona, Mariano (2001a, 23 de diciembre). Un país entre la adolescencia y la madurez. *La Nación*, p. 25.
- Grondona, Mariano (2001b, 30 de diciembre). Los argentinos ¿ingobernables o desgobernados? *La Nación*, p. 21.
- Habermas, Jürgen (1973). What does a crisis means today? Legitimation problems in late capitalism. *Social Research*, 40 (4), 643–667.
- Habermas, Jürgen (1976). *Legitimation crisis*. London: Heinemann.
- Hart, Keith y Ortiz, Horacio (2008). Anthropology in the financial crisis. *Anthropology Today* 24 (6): 1–3.
- Hay, Colin (1995). Rethinking crisis: narratives of the new right and constructions of crisis. *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 8 (2), 60–76.
- Hay, Colin (1996). Narrating Crisis: The Discursive Construction of the Winter of Discontent. *Sociology*, 30, 253–277.
- Heymann, Daniel. (2006). *Buscando la tendencia: crisis macroeconómica y recuperación en la Argentina* (Serie Estudios y Perspectivas 31, abril). Buenos Aires: Oficina de la CEPAL.
- Herman, Arthur (1997). *The idea of decline in Western History*. New York: Simon and Schuster.
- Hintze, Susana (Coord.) (2003). *Trueque y economía solidaria*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo.
- Holton, Robert (1987). The Idea of Crisis in Modern Society. *The British Journal of Sociology*, 38 (4), 502–520.
- Horvath, Agnes, Bjørn Thomassen y Wydra, Harald (Coord.) (2015). *Breaking boundaries: Varieties of liminality*. Oxford: Berghahn Books.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos). (2002). *Encuesta Permanente de Hogares (EPH)*. Buenos Aires, mayo.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) (2019a). *Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Segundo semestre de 2018*. Informes Técnicos, 3 (59), marzo.



- INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) (2019b). *Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH). Primer trimestre de 2019*. Informes Técnicos, 3 (113), junio.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia (2006). Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina. En: Caetano, G. (Coord.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp. 49–92). Buenos Aires: CLACSO.
- Jozami, Ángel (2003). *Argentina, la destrucción de una nación*. Buenos Aires: Mondadori.
- Kapferer, Bruce (2005). Situations, crisis, and the anthropology of the concrete: the contribution of Max Gluckman. *Social Analysis*, 49 (3), 85–122.
- Kapferer, Bruce (2010). In the event: toward an anthropology of generic moments. *Social Analysis*, 54 (3), 1–27.
- Kessler, Gabriel y Di Virgilio, María Mercedes (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la Cepal*, 95, 31–50.
- Knight, Daniel Martyn (2012a). Cultural proximity: crisis, time and social memory in central Greece. *History and Anthropology*, 23 (3), 349–374.
- Knight, Daniel Martyn (2012b). Turn of the screw: narratives of history and economy in the Greek crisis. *Journal of Mediterranean studies*, 21 (1), 53–76.
- Knight, Daniel Martyn (2016). Temporal vertigo and time vortices on Greece's Central Plain. *The Cambridge Journal of Anthropology*, 34 (1), 32–44.
- Knight, Daniel Martyn (2017). Fossilized futures: topologies and topographies of crisis experience in Central Greece. *Social Analysis*, 61 (1), 26–40.
- Knight, Daniel Martyn y Stewart, Charles (2016). Ethnographies of austerity: temporality, crisis and affect in Southern Europe. *History and Anthropology*, 27 (1), 1–18.
- Koselleck, Reinhart (2007). *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta–Universidad Autónoma de Madrid.
- Kosacoff, Bernardo (Coord.) (2007). *Crisis, recuperación y nuevos dilemas: la economía argentina 2002–2007*. Santiago de Chile: CEPAL.
- La Nación* (2000, 31 de diciembre). Las enseñanzas de la crisis argentina. Una serie sobre los problemas de fondo, p. 15.
- La Nación* (2003, 12 de diciembre). Kirchner prometió transparencia, p. 4.
- (2006, 23 de junio). No anticipan las elecciones, p. 8.
- (2007, 13 de abril). Kirchner le resta dramatismo a la discusión salarial, p. 7.
- Levey, Cara; Ozarow, Daniel y Wylde, Christopher (Coords.). (2014). *Argentina Since the 2001 Crisis. Recovering the Past, Reclaiming the Future*. New York: Palgrave Macmillan.
- LeVine, Robert A. (1961). Anthropology and the study of conflict: an introduction. *Journal of Conflict Resolution*, 5 (1), 3–15.
- Lomnitz–Adler, Claudio (2003). Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City. *Public Culture*, 15 (1), 127–147.
- Lozano, Claudio (2001). Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea. En Lozano, Claudio *et al.* (Coords.). *La protesta social en Argentina* (pp. 5–10). Buenos Aires: Observatorio social de América, CLACSO.
- Malinowski, Bronislaw (1985). *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Planeta De Agostini.
- Pardo, Daniel (2019, 8 de mayo). Crisis en Argentina: por qué hay que ir a 3 tiendas para comprar un producto. *BBC Mundo* <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-48195207>

- Pérez de Eulate, Mariano (2007, 2 de agosto). Kirchner prometió continuidad económica a los empresarios. *La Nación*, p. 1–2.
- Pereyra, Daniel (2003). *Argentina rebelde: crónica y enseñanzas de la revuelta social*. Madrid: El Viejo Topo.
- Rodgers, Dennis (2005). Unintentional democratisation? The argentinazo and the politics of participatory budgeting in Buenos Aires, 2001–2004. *Crisis States Research Centre working papers series*, 1 (61). London: London School of Economics and Political Science. <http://eprints.lse.ac.uk/13322/1/wp61.pdf>.
- Roitman, Janet (2014). *Anti-crisis*. Durham: Duke University Press.
- Rossi, Federico Matías (2005a). Las asambleas vecinales y populares en la Argentina: las particularidades organizativas de la acción colectiva contenciosa. *Sociológica*, 19 (57), 113–145.
- Rossi, Federico Matías (2005b). Crisis de la república delegativa. La constitución de nuevos actores políticos en la Argentina (2001–2003): las asambleas vecinales y populares. *América Latina Hoy*, 39, 195–216.
- Sahlins, Marshall (1988). *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Schutt, Daniel (2003). Argentina 2001–2002: agonía, estallido y naufragio. *Foro Internacional*, 43 (2), 475–493.
- Sebrelli Juan José (2004). *Crítica de las ideas políticas argentinas: los orígenes de la crisis*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Stewart, Kathleen y Harding, Susan (1999). Bad Endings: American Apocalypsis. *Annual Review of Anthropology*, 28, 285–310.
- Turner, Victor W. (1974). *Dramas, Fields and Methafors. Symbolic Action in Human Society*. Ithaca & London: Cornell University Press.
- Van Gennep, Arnold (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.
- Vigh, Henrik (2008). Crisis and chronicity: Anthropological perspectives on continuous conflict and decline. *Ethnos*, 73 (1), 5–24.
- Visacovsky, Sergio (2009). Imágenes de la «clase media» en la prensa escrita argentina durante la llamada «crisis del 2001–2002». En Visacovsky, S. E. y Garguin, E. (Coords.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos* (pp. 247–278). Buenos Aires: Antropofagia.
- Visacovsky, Sergio E. (2011). Introducción. En Visacovsky, S. E. (Coord.), *Estados críticos. La experiencia social de la calamidad* (pp. 15–63). La Plata: Ediciones Al Margen.
- Visacovsky, Sergio E. (2012). Experiencias de descenso social: percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis. *Pensamiento iberoamericano*, 10, 133–168.
- Visacovsky, Sergio (2017a). Intérpretes públicos, teodiceas de la nación y la creación del futuro en la crisis de inicios del siglo XXI en Argentina. En Castillejo–Cuéllar, A. (Coord.) *La Ilusión de la Justicia Transicional: Perspectivas críticas desde el Sur global* (pp. 373–409). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Visacovsky, Sergio (2017b). When Time Freezes: Socio–Anthropological Research on Social Crises. *Iberoamericana. Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 46(1), 6–16.
- Visacovsky, Sergio y Guber, Rosana (2005). ¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales del dualismo argentino en la apertura democrática. *Anuario de estudios Americanos*, 62(1), 55–85.

- Wagner, Peter (1989). Las ciencias sociales y el concepto de Estado en Europa Occidental: estructuración política del discurso disciplinario. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 122, 551–572.
- Wagner, Peter (1991). *Social sciences and modern states: national experiences and theoretical crossroads*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wagner, Peter (2001). *A history and theory of the social sciences: not all that is solid melts into air*. London: Sage Publications.
- Wagner, Peter, Wittrock, Björn y Whitley, Richard (Coords) (1991). *Discourses on society: the shaping of the social science disciplines*. Dordrecht: Springer Netherlands.
- Wagner–Pacifci, Robin (1986). *The Moro Morality Play: Terrorism as Social Drama*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wagner–Pacifci, Robin (2000). *Theorizing the Standoff: Contingency in Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Witoszek, Nina y Trägårdh, Lars (2002). Introduction. En Witoszek, N. y Trägårdh, L. (Coords.). *Culture and Crisis: the Case of Germany and Sweden* (pp. 1–11). New York/Oxford: Berghahn Books.
- Zenobi, Diego (2005). Ahorristas de vacaciones: de Villa Gessell al HSBC. Moralidades, familia y nación. *Anuario del Centro de Antropología Social*, 216–234.